

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 10, 2001-2002

Reseñas

- Ruth N. Fine: *La desautomatización en literatura: Su ejemplificación en El Aleph de Jorge Luis Borges*. Gaithersburg, MD: Ediciones Hispamérica, 2000, 162 pp. (Daniel Blaustein)
- Adina Iacker-Darvasi: *El viaje*. Buenos Aires: Editorial Milá, 2001, 159 pp. (Myrna Solotorevsky)
- Nahum Megged: *La mitología indígena de Mesoamérica*. Tel Aviv: Sifrei Tel Aviv, 2001; 242 pp. En hebreo. (Assaf Ashkenazi)
- Carlos Alberto Montaner: *Viaje al corazón de Cuba*. Barcelona: Plaza & Janés, 1999; 287 pp. (Emilia Yulzarí)
- Ana María Navales: *Escrito en el silencio*. Palma de Mallorca, Calima Ediciones. 1999, 97 pp. (Judith Fraenkel Grosgold)
- Osvaldo Picardo: *Una complicidad que sobrevive*. Mar del Plata: Martin, 2001. (Nancy Fernández)
- Antonio José Ponte: *Cuentos de todas partes del Imperio*. Paris: Editions Deleatur, 2000; 78 pp. (Emilia Yulzarí)
- Raanan Rein: *Argentina, Israel y los judíos. Encuentros y desencuentros, mitos y realidades*. Buenos Aires, Lumiere, 2001. (Leonardo Senkman)
- Alfonso de Toro: *De las similitudes y diferencias. Honor y drama de los siglos XVI y XVII en Italia y España*. (Ruth N. Fine)
- Mina Weil: *El último día*. Buenos Aires: Acervo Cultural Editores, 2000, 171 pp. (Ruth N. Fine)

pp. 160-178

Reseñas

Ruth N. Fine, *La desautomatización en literatura: su ejemplificación en El Aleph de Jorge Luis Borges*. Gaithersburg, MD: Ediciones Hispamérica, 2000, 162 pp.

El efecto de desautomatización constituyó una preocupación central del formalismo ruso, y parte de sus estudios críticos sobre literatura consistió en una presentación de las posibles condiciones y medios provocadores de extrañamiento. Sin embargo, tales estudios no desembocaron en una sistematización del fenómeno de desfamiliarización ni proporcionaron una diferenciación precisa de los modos a través de los cuales opera dicho fenómeno en las diversas manifestaciones literarias.

El presente libro de Fine constituye un minucioso estudio de la noción de desautomatización en el ámbito de la literatura y de la crítica literaria, la cual es abordada desde su surgimiento en el marco del formalismo ruso, hasta arribar, en función de las bases teóricas introducidas por la poética contemporánea, a una redefinición de dicho concepto. En relación con este objetivo, la autora presenta, además, un análisis del funcionamiento textual del fenómeno de extrañamiento en el discurso literario, en general, y en el narrativo, en particular, a fin de elaborar una tipología de la desautomatización para las categorías del tiempo y de la voz narrativa.

El libro consta de tres capítulos, introducción, conclusiones, referencias bibliográficas e índices onomástico y temático. En la sección inicial del primer capítulo se analiza la teoría de la desfamiliarización, tal como se presenta, principalmente, en los escritos de Shklovski. Según este crítico, la diferencia entre la comunicación práctica y la estética consiste en que esta última provoca en el receptor un efecto de desautomatización. Shklovski considera que la comunicación artística tiene como objetivo primordial liberar a la percepción del automatismo, imponiéndole una nueva fórmula; esta liberación es denominada “desfamiliarización”, y ella constituye, según dicho crítico, un rasgo esencial del objeto estético. En la segunda sección, la autora vincula el fenómeno de desautomatización con otros conceptos afines, desarrollados por escuelas críticas que siguieron al formalismo, tales como la teoría de la información, el estructuralismo, el postestructuralismo y la teoría de la recepción. De especial interés resulta, en este sentido, la noción de “literariedad”, a partir de la cual se distingue el len-

guaje literario de los restantes modos de comunicación lingüística; la desautomatización, en tanto transformación creativa de modelos y convenciones, se vehiculiza a través de técnicas y procedimientos que actúan como agentes de literariedad, constituyendo la especificidad del arte literario.

En la última sección de este capítulo—que es la que despliega, a mi criterio, las contribuciones teóricas más valiosas del libro—se postula una redefinición del concepto de desautomatización. Desde la perspectiva asumida por la autora, es posible afirmar que el fenómeno de la desfamiliarización en el arte y la literatura es un componente esencial y omnipresente en la comunicación estética, desde los primeros escritos del formalismo ruso hasta los posteriores aportes de las corrientes críticas que le sucedieron. Ello significa que el efecto de desautomatización no constituye el patrimonio exclusivo de una clase de textos, sino que, por su interdependencia respecto de la función poética, él es un rasgo inherente al discurso poético, y por ende a **toda** obra literaria. Se desprende, de estas conclusiones, que el extrañamiento no puede ser considerado como un constituyente de lo estético subordinado a la evolución histórica, sujeto a un inexorable proceso de desgaste y desaparición. El estudio del fenómeno de la desautomatización, en cambio, “puede y debe superar la excesiva dependencia respecto de las variables epocales” (p. 44). Para ello, se hace necesario, en primer término, focalizar el análisis del extrañamiento desde una perspectiva immanente a la obra, es decir, como fenómeno textual, y en segundo término, establecer una **escala de gradación** respecto a cambios de intensidad o magnitud de los efectos desfamiliarizantes de las obras. Dicha escala responde a la coexistencia de dos fuerzas paralelas de estímulos, presentes en toda comunicación estética: el estímulo hacia la inteligibilidad y el dirigido hacia la desestabilización y el extrañamiento. La diferenciación está dada por la proporción en la intensidad de cada una de estas fuerzas; el aumento de un polo supone la disminución del otro pero no su ausencia absoluta. A partir de este planteamiento, resulta válido, entonces, distinguir entre las obras en las que el extrañamiento es tan sólo consecuencia de su carácter de mensaje artístico y aquéllas otras en las que se registra un alto estímulo desautomatizante. Estas últimas corresponderían a lo que Fine denomina **estética de la desautomatización**, la que se caracterizaría por una potenciación de los efectos de extrañamiento y una pronunciada intencionalidad deso-

cultante. En relación a este punto, la autora demuestra, además, la presencia de un límite, captado como **umbral perceptivo**, más allá del cual el efecto de extrañamiento deja de ser causa de placer estético. El análisis de este umbral lo revela como un punto de encuentro entre la voluntad de ruptura, de desafío, identificable en las obras de la estética de la desautomatización, y la posibilidad de captación de tal ruptura por parte del receptor.

El segundo capítulo del trabajo ilustra la manifestación concreta del concepto de desautomatización desarrollado a partir del análisis de ocho relatos incluidos en *El Aleph* de Jorge Luis Borges. Este corpus constituye, indudablemente, una lúcida elección por parte de la autora: por un lado, los relatos estudiados se ubican, dentro de la escala de desfamiliarización propuesta, en el polo de mayor proporción del extrañamiento; asimismo, la desautomatización registrada en dichos textos no es el resultado, en muchos casos, de una ruptura o subversión, sino de relaciones combinatorias particulares entre los diferentes niveles del discurso, con lo cual se patentiza uno de los principales postulados en relación con el funcionamiento textual del fenómeno del extrañamiento. Por otro lado, el presente corpus se vincula, a su vez, con estéticas o manifestaciones opuestas, tales como la estética de la totalidad y la estética de la fragmentación, la legibilidad y la escritura, registrando un movimiento oscilante entre dichos polos, sin excluir por completo a ninguno de ellos; por consiguiente, la obra de Borges constituye una comprobación fehaciente del carácter abarcador que Fine ha postulado respecto de la estética de la desautomatización. Me importa destacar, por último, que si bien el estudio de los relatos está centrado en los aspectos primordiales que atañen al modelo teórico previamente elaborado, la lectura de la autora no restringe los textos borgeanos a meros vehículos de los postulados teóricos; dichos textos, son considerados en su calidad de obras y sometidos a un exhaustivo e iluminador examen crítico.

El tercer capítulo presenta la sistematización tipológica de los modos, técnicas y funciones asumidos por el extrañamiento en narrativa, la cual considera los dos aspectos narrativos fundamentales: **historia** y **discurso**, en su relación con las categorías narrativas de **tiempo** y **voz narrativa**; las relaciones entre estas categorías son clasificadas, a su vez, según los ejes textual-extratextual, intertextual e intratextual. El examen del funcionamiento del fenómeno de extrañamiento a partir de estos tres ejes ha permitido la identificación y sistematización de los procedimientos narrativos desautomatizantes estimados como más representativos, en relación con el modelo teórico propuesto. De este modo, la autora consigue superar una justificada objeción dirigida a los planteamientos

críticos relativos a la desautomatización, los cuales circunscribían dicho fenómeno al plano de análisis teórico, omitiendo así un necesario y fértil terreno de verificación del concepto en su configuración textual.

Fine ha presentado un trabajo bien concebido, riguroso y, al mismo tiempo, innovador. Al concluir la lectura del libro, es posible afirmar que su autora ha cumplido ampliamente con los objetivos propuestos: en primer término, proponer un campo de acción más amplio y, a la vez, más preciso y sistemático, para el efecto de desautomatización suscitado por la literatura, sugiriendo así nuevas posibilidades de acceso al mismo; en segundo término, comprender e iluminar aquellos resortes textuales y narrativos que obran como estímulos provocadores de una recepción activa y desfamiliarizante; por último, ofrecer un paradigma de procedimientos narrativos que permita aprehender, en el análisis individual de los textos, las múltiples realizaciones del modelo teórico. Por todo ello, el presente trabajo constituye un aporte insoslayable y fundamental no sólo para el estudio de la desautomatización en literatura, sino también para la teoría y crítica literaria, en general, y los estudios narratológicos, en particular.

Daniel Blaustein

Adina Iacker-Darvasi: *El viaje*. Buenos Aires: Editorial Milá, 2001, 159 pp.

Este texto se autoadjudica la categoría de "novela autobiográfica", por lo que lo adscribo al ámbito de la ficción y firmo con él un "pacto" ficticio: la protagonista no es Adina, el nombre de su autora, sino Dana, no importa la intencional semejanza fónica entre ambos antropónimos.

La novela está constituida por dos isotopías semánticas aun gráficamente diferenciadas: una concerniente a Dana, quien al comienzo del texto tiene 9 años, y la otra, a Tania, su madre. La segunda isotopía se inserta en la primera, permitiendo la manifestación de otra voz y otra perspectiva.

El viaje, el cual en el título –prescindo de la portada– podría haberse concebido como una enriquecedora experiencia de iniciación, es desde un comienzo captado en su intensidad disfórica: por una parte, la niña añora su mundo anterior ("Dana quiso correr también, recordó su plaza, el *luce* y los columpios", p.17) y por otra, ya hay anticipaciones –prolepsis– de la terrible realidad que se avecina:

El tren salió de la estación, dejando atrás el futuro horror (p. 18).

Ninguno de ellos sospechaba, que una precisa estación anterior cobijaba a sus verdugos, feroces e implacables; los de negros atuendos, serían torturados y demolidos sin piedad hasta el exterminio (p. 19).

Su padre secretamente se ha llevado a Dana a un largo viaje, y ello provoca la angustia de Tania, la madre:

—Ana, ven, ha ocurrido algo terrible. Recibí un telegrama. Están en un barco, fuera de las aguas territoriales. ¡Ana, se robó a la niña! (p. 15).

No más mi niña, serás de otros. Perdida para siempre. ¿Peor que muerta? (p. 54).

A pesar de todo lo que digas, te añoro y el haberte perdido me destroza (p. 56).

Mi hija, una perfecta desconocida (p. 64).

El acto transgresor de la madre —el haber traicionado a su esposo— desencadena la trama; la pérdida de su hija es el castigo por esa transgresión.

El discurso de la madre se nos presenta en forma escritural, a través de un cuaderno en el que ella vierte su interioridad. El narrador de esta isotopía es así un narrador homodiegético, personaje en el mundo que él diseña. Conocemos, en cambio, la interioridad de Dana mediante un narrador heterodiegético —en tercera persona— omnisciente, quien se ajusta a la perspectiva del personaje.

Capto el **contraste** como principio constructivo del texto; para lograrlo se configura una analepsis, un retroceso a julio de 1936, casi un año antes: la atmósfera diseñada es intensamente cálida, no por el contacto con la madre, sino por su estrecha relación con Carmen, la empleada, y la atracción que Dana experimenta por el mundo al que ésta la introduce:

¡Si supiera mamá! Nunca le pedían permiso para ir tan lejos. Se enojaría mucho, retaría a Carmen, se acabarían para siempre las andanzas en lo de la parentela y comadrazgos. Dana ni por nada quería perder las visitas a doña Rosa y sus niños, ni los festejos a la tía Julia para San Pedro y Pablo [...] Nunca quería irse: —Carmencita, quedémonos otro ratito... — le pedía siempre (p. 21).

El contraste continúa perfilándose en este momento analéptico, mediante una prolepsis: frente a la libertad de que en ciertos aspectos gozaba en esta época, se anticipa la opresión de que será objeto en el futuro:

Qué añoranza tendría en un tiempo más, allá en lo de su tía Golda, al otro lado del Atlántico — de que dejaran, por favor que dejaran de preocuparse por ella (p. 28).

En este tiempo anterior al “Embarque” —denominación de la primera parte de la novela— un muchacho que pasa por la calle, elogia a Dana por su físico; ocupando el mismo procedimiento anticipatorio ya señalado, el narrador refiere: “En Hotín, su tía opinaría muy distinto; piernas gruesas, pelo delgado, nariz larga, igual a la madre...” (p. 30).

A diferencia de Carmen, la empleada de Hotín, Ivaneja, “era vieja, fea y arrugada” (p. 40). El parque en Hotín “era demasiado grande, no se alcanzaba a

ver el fin, parecía un bosque; no era como su plaza Nuñoa” (p. 44).

Como su madre, Dana se manifiesta mediante la escritura; en este caso, se tratará no de un diario sino de una carta cuyo destinatario supuesto era Carmen, y en esta carta continúa manifestándose el principio de contraste: “Aquí todo es distinto, la gente es rara y yo, quiero volver a mi casa” (p. 46).

A Dana la palabra “guerra” le sugería algo alejado y abstracto; ello se impregnará de un temple irónico y dramático cuando se inicie la segunda parte de la novela, metafóricamente titulada “Tempestad”. En esta “Tempestad” infernal el contraste con el tiempo paradisíaco previo al “Embarque” se hace paroxístico.

Esta segunda parte comienza con una remisión al proceso épico, el mundo mayor; el discurso de Churchill es contrapuesto al de Hitler; los personajes de primer plano comienzan a sufrir la ocupación rusa; los rusos se retiran y vuelven los rumanos, pero son los alemanes quienes mandan; todo ello es narrado de modo vertiginoso.

Los horrores son referidos a través de un discurso impersonal:

Cuentan: de los ciento tres judíos llevados a la laguna, se salvó uno —informó Masha— lo creyeron muerto, pero fue enterrado vivo, quedó arriba, en la fosa común, obligados a excavarla antes de ser fusilados... ¡Qué tremendo! Antes de matarlas, violaron a las cuatro mujeres del grupo. Fueron los alemanes. Así dicen. ¡Qué tiempos éstos! (pp. 79 y s.).

En un momento de gran tensión dramática previo a la deportación se unen una referencia al pasado (analepsis) y una referencia al futuro (prolepsis), como si el tiempo mismo se retorciera ante la perspectiva de lo que vendrá: “Dana aún tenía puesto su reloj de oro, regalo del último cumpleaños; tendría luego una función insospechada, ya que marcar la hora dejaría de ser relevante” (p. 84).

Como un trasfondo, se percibe el dolor de la madre, que se expresa en un plano metafórico: “Soy una muerta viva” (p. 85). Esta metafóricidad es trascendida por la literalidad de la muerte posible, real y aun deseada en el mundo al que ha ingresado Dana: “Sobre el lecho de hojas y ramas secas, inició el juego: imaginar morir, como liberación de tormento” (p. 88). Como un despliegue de ironía del texto, la madre concibe a Dana durmiendo sobre su almohada.

Y luego otra vez el retorno a Hotín y de nuevo el destierro a Moguilev y el deseo de la muerte como liberación; esto último expuesto con extraordinaria penetración:

—¡Quiero un cordel para colgarme! Como Sonia. —gritó y gesticuló Dana, corriendo por toda la casa, con la anciana detrás, tratando de aplacarla. Dana sabía, con toda lucidez, que de encontrar un cordel,

no se colgaría; era actuación: en vez de los niños en el entretecho de Hotín, ahora, la abuela era su público, receptivo y conmovido. No pretendía terminar con la vida por miedo, por exceso de curiosidad: saber, como en las películas, ¿qué sigue? (p. 97).

Mediante prolepsis el texto va señalando cómo Dana quedará marcada por su experiencia:

Trataría de evitar, siempre, la presencia de enfermos, de muertos y de ropa negra (p. 99).

El tacto espinoso del cráneo rapado, le quedaría eternamente pegado a las yemas de los dedos (p. 106).

Dana comprendió, definitivamente, que el pesado legajo de recuerdos era intransmisible, que jamás la abandonarían y habría que empezar a vivir en su ingrata compañía (p. 127).

Otro logrado momento de concordancia entre el eco del discurso de la madre y la sucesión de acontecimientos es aquél en que el padre, movido por las circunstancias, se degrada moralmente, organiza robos, y, como un trasfondo, el discurso de la madre afirma: "Tu padre es mentiroso, por eso tiene en la sangre esa facilidad para robar, a su propia hija la ha robado; no te llevó a plena luz del día, sino a escondidas" (p. 114).

La tercera parte de la novela "Retorno" corresponde a 1943, cuando Dana tiene 16 años. Gracias a las diligencias de su madre, Dana es sacada del gueto Moguilev, llega a Bucarest; se reintegra, con sus recuerdos, a un mundo "normal"; estudia en un colegio de monjas, Notre Dame de Sion, donde debe ocultar su identidad judía. Bucarest es bombardeada, para júbilo de Dana, por norteamericanos e ingleses. El viaje se prolonga: Estambul, París, Lima, Santiago. El encuentro con la madre es preparado desde la perspectiva de ambos personajes, pero, sabiamente, no es presentado. Con una excelente ruptura, el texto finaliza en 1963, alejándose de Dana y focalizando un encuentro —éste sí presentado— entre los padres: Tania y Hanán. Dicho reencuentro tiene un rico valor informativo: Hanán aún se siente atraído por Tania; ésta es la última vez que ellos se verán y, muy importante, ambos coinciden en una caracterización de Dana: ella es para los dos, "de personalidad fría" (dice Hanán), "como un pez del Mar del Norte" (dice Tania) (p. 157). Todo nuestro contacto previo con la protagonista aparece, sin embargo, como un rechazo a esa captación.

Para finalizar, quiero detenerme en dos momentos antitéticos, que repercuten en el *ethos* de este texto, un momento eminentemente disfórico: "Dana padeció de triple remordimiento: uno porque comía, otro porque lo gozaba y el último, por estar viva" (p. 148). Y otro, eminentemente eufórico, que aparece como una prospección y que tiene tal fuerza que puede ser aprehendido como tiñendo patemáticamente al texto: "todo sería diferente al visitar Estambul de nuevo,

junto a su compañero de vida, quien lograría tras arduo esfuerzo, enseñarle a disfrutar de la existencia, sin remordimientos; aprendería a captar la majestad de las cumbres y a escuchar su silencio" (p. 147).

Myrna Solotorevsky

Nahum Megged: *Hamitologia haindianit shel Merkaz Amerika* [*La mitología indígena de Mesoamérica*]. Tel Aviv: Sifrei Tel Aviv, 2001; 242 pp. (en hebreo).

Porque hablar como habla un hablador es haber llegado a sentir y vivir lo más íntimo de esa cultura, haber calado en sus entresijos, llegado al tuétano de su historia y su mitología, somatizando sus tabúes, reflejos, apetitos y terrores ancestrales.

Mario Vargas Llosa

Quizás uno de los problemas centrales con los cuales tuvo que enfrentarse el hombre antes del surgimiento de la escritura haya sido la preservación de la palabra sagrada, transmitida por las divinidades, palabra que no debía perderse a lo largo del prolongado devenir histórico. En gran medida, puede estimarse que por esta razón surgió entre las tribus el rol del "hablador" o narrador, el depositario de la tradición, quien solía reunir al grupo y transmitirle los relatos del pasado colectivo a través de su voz; esa voz, nacida del presente del narrador, se entremezcla, a su vez, con otras voces, provenientes de un pasado lejano.

La existencia de estos individuos —los habladores— cuya función era recordar y transmitir la tradición a las generaciones venideras, se convertirá en un medio sumamente eficaz para la preservación de la historia, también entre las tribus indígenas que habitaban el territorio del continente americano. Las guerras tribales, los desastres naturales y la conquista de la mayor parte de las tierras en las que vivían los indígenas, por los invasores de la cultura occidental desde fines del siglo XV — todo ello puso fin al dominio de la cultura indígena en el continente americano, pero no logró extinguir aquellas voces silenciosas del pasado, que relataban incesantemente las narraciones antiguas y los mitos.

Este nuevo libro de Nahum Megged nos presenta la historia del proceso de transformación de los mitos de los indígenas de Mesoamérica, territorio que en la actualidad pertenece a México, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua. A diferencia de otras investigaciones acerca de mitos conocidas por el lector occidental, este libro enfatiza fundamentalmente la oralidad y la voz del narrador en relación con dichos mitos. Ello se pone de manifiesto incluso en el modo en el cual la obra se encuentra estructurada: en un comienzo, el lector es introducido directamente en la lectura de los mitos propiamente dichos y sólo des-

pués se presenta su contexto histórico, social, etc., y con él su interpretación. Esta elección metodológica, acertada en extremo, ubica en el centro de interés del libro la importancia de las voces narrativas, importancia que supera, a mi entender, la realidad histórica. Así, el efecto alcanzado es el de un tiempo mítico, en el que penetrará el lector a lo largo de su recorrido por la obra, el cual lo situará en un nivel emotivo-vivencial diferente, imposible de ser captado tan sólo a través de medios científicos o históricos estrictos y reductivos. La relectura del relato mítico, tras la presentación histórico-contextual e interpretativa, permitirá al lector una nueva visión del mito, la cual acrecentará la experiencia vivencial del mismo.

La importancia de la palabra oral se manifiesta no sólo gracias al modo de presentación elegido por Megged, sino principalmente gracias a la naturaleza misma de los mitos, como en el siguiente ejemplo, extraído del primer capítulo del libro, donde se trata la temática de la creación del mundo:

Y dentro del agua estaban sólo el Creador y el dios Formador, Tepeu y Gucumatz, progenitores del universo, y a su alrededor la luz. Ellos estaban ocultos bajo las plumas verdes y azules, y por ello fueron llamados "la serpiente de las plumas". Eran dioses muy sabios y podían crear mientras pensaban. En ese momento existió el cielo y también el Corazón del Cielo cobró existencia, y el corazón del cielo es lo que nosotros llamamos dios.

Y entonces llegó la palabra. Los dioses vinieron por la noche y en la oscuridad hablaron entre sí. Hablaron, se aconsejaron y pensaron, todo lo hicieron juntos, se pusieron de acuerdo, juntando sus palabras y su pensamiento (pp. 7-8).

De la presente cita se desprende que los dioses generadores crean sólo tras la aparición de esa maravillosa capacidad de la palabra. No obstante, la posibilidad del habla, la cual constituye, en realidad, la capacidad de crear y otorgar vida, no permanece como prerrogativa de los dioses, sino que es transmitida al hombre, el único ser sobre la tierra que puede preservarla y practicarla a través del rito y de la oración:

Los dioses comprendieron que algo faltaba para que su labor tuviera éxito. Necesitaban de la fuerza de la adivinación y de la magia de la pareja de chamanes divinos. Sólo ellos podrían determinar el tiempo, el lugar, el modo y el material de los cuales surgiría el hombre. Por ello los dioses Huracán, Tepeu y Gucumatz se dirigieron a la pareja de ancianos Ixpiyococ e Ixmucané, poseedores de fuerzas sobrenaturales, y les dijeron: "Es necesario reunirse y encontrar los medios para que el hombre que formemos nos mantenga y alimente, nos invoque a través de sus oraciones y nos recuerde siempre. Adivinad, abuela-abuelo, lograd que amanezca y haya luz, pero también lograd que nos invoquen, que nos recuerden, que ésta sea la tarea del hombre formado, el hombre mortal. ¡Haced que así se haga!" (p. 10)

Este sentido ruego de los dioses Huracán (Corazón del Cielo), Tepeu (el Creador) y Gucumatz (el For-

mador), dirigido a los chamanes dueños de los poderes -Ixpiyococ e Ixmucané- que debían crear al ser que los adorara y los recordara, coloca la voz del hombre, expresada en la oración a los dioses, en el centro de la creación.

El recorrido intelectual y vivencial que atraviesa el lector del presente libro, se hace posible no sólo gracias a los relatos que provienen de fuentes escritas antiguas, como los códices redactados tras la llegada de los españoles al continente americano (al frente de los cuales se hallaban misioneros instruidos, como Bernardino de Sahagún, que tenían como propósito documentar las tradiciones y la cultura de las diferentes tribus indígenas), sino también gracias a la combinación de lo antiguo y de lo nuevo. Me refiero al hecho de que la transmisión oral de los mitos se conservó de un modo u otro, y aún en la actualidad los indígenas que mantienen su identidad colectiva antigua continúan usando el modelo de transmisión oral-vivencial como parte de su realidad cotidiana. Así, por ejemplo, en el epílogo, Megged afirmará, respecto de la región de Chiapas, que sus habitantes indígenas, descendientes de la tribu maya, se rebelaron en contra del gobierno central de México en 1992, con el fin de preservar sus peculiaridades culturales ancestrales. La rebelión estuvo acompañada de tópicos y de ideas originadas, sin duda, en el horizonte conceptual de su mitología.

Otro ejemplo interesante del particular uso de este lenguaje de mitos es la elaboración de relatos poseedores de contenido cristiano, pero sin transgredir las creencias tribales ancestrales. El nuevo producto obtenido de esta mezcla de creencias indígenas y de dogma cristiano resulta fascinante, como puede comprobarse en el bello relato de Kox, que encarna, en realidad, la figura de Jesús, según el conjunto de relatos de la tribu Chamula, de México.

Megged presenta al lector una amplia serie de narraciones, organizadas en diez capítulos, según la temática común a los mismos. Encontraremos relatos cuyo tema es la creación, el amor, la muerte, las divinidades y los héroes. El lector de lengua hebrea encontrará en cada uno de esos temas, componentes similares a otros mitos occidentales conocidos, pero, conjuntamente con ello, no podrá dejar de percibir la singularidad de los relatos de Meso-américa. En algunas narraciones acerca de la creación, presentadas por el libro, el sacrificio es lo único capaz de engendrar algo nuevo. La leyenda de los soles, por ejemplo, narra el sacrificio de dos dioses: el primero de ellos, una divinidad pobre y enferma que acepta el rito de penitencia que debe pasar antes de sacrificarse al fuego que arde en el homo, y el segundo, un dios joven y rico, el dios de los caracoles, que realiza un aparente rito de penitencia, teme al fuego y apenas logra acercarse a él. Estos dioses constituirán las dos figuras que

posteriormente serán llamadas el sol (el dios pobre que aceptó la penitencia) y la luna (el dios rico que temía al fuego).

Los relatos, aun cuando estén enmarcados en una misma temática, presentan cada uno de ellos una particularidad que lo identifica o, como lo explica el mismo autor: "Los relatos eran similares pero no idénticos. La tradición no era, como se tiende a pensar, un ciclo que se repite, sino una especie de caracol donde cada círculo es similar y distinto al mismo tiempo, y el individuo creador tiene siempre algo que renovar" (p. 194, mi traducción). Esta diversidad le da al lector la posibilidad de revisar de modo crítico las diferencias entre los distintos relatos, desde una perspectiva temática y estilística, teniendo en cuenta el trasfondo histórico en el que emergieron los mitos.

El relato que aparece en el capítulo tercero, el cual trata sobre los dioses y los héroes y se denomina "Hunaphú e Ixbalanqué héroes de la tribu quiché según el **Popol Vuh**", describe un mundo apasionante, el de la tierra y el del inframundo (Xibalbá) y el enfrentamiento que tuvo lugar entre ellos. Éste es, en mi opinión, uno de los mitos más interesantes del libro desde el punto de vista de su unidad literaria y argumental, lo que tal vez se deba al hecho de que fuera extraído del texto escrito y compaginado del **Popol Vuh**, el libro sagrado de la tribu quiché.

Por último, de suma utilidad resulta el índice de referencias que aparece al final del libro, el cual presenta conceptos y nombres con letras latinas y hebreas, añadiendo explicaciones breves y precisas, con lo cual facilita la tarea del lector de hebreo, constituyendo, a su vez, un puente entre la lengua semítica y las lenguas aborígenes del continente americano.

La mitología indígena de Mesoamérica constituye, en muchos sentidos, para la cultura occidental, un texto de nostalgia por un mundo lejano e irrecuperable. La oralidad dio paso lentamente a la palabra escrita y, paralelamente, el hombre perdió, con los años, su capacidad de expresarse en una lengua mítico-vivencial. El lirismo, la poesía y la fuerza de la palabra oral, presentados en la obra de Megged, son un testimonio vivo de un mundo que ya no retornará:

Este es un poema triste, porque a pesar de que llegaron a la tierra prometida, porque a pesar de que amaneció y concluyó el peregrinaje, allí, en Tulán, "Nos perdimos todos, nos separamos, dejamos hermanos pequeños y grandes. A pesar de que vimos el ascenso del sol, pero ¿qué ocurrió con aquéllos que dejamos lejos de aquí, ahora que amanece para nosotros?". Y dicen que Tohil es el mismo dios que en otro lugar es llamado Quezalcoatl. La alegría quedó mezclada para siempre con el dolor, porque los pueblos se alegraron de su llegada a la tierra nueva y se entristecieron por aquéllos a quienes dejaron en el este, por los paisajes que ya no verían más. El

poema triste que surgió entonces era compartido por todos los pueblos que contemplaron el amanecer y la tierra descubierta bajo sus pies, cada grupo con su tierra. Porque allí, en el este, una lengua y un camino había para todos, y aquí, en las nuevas regiones, se mezclaron las lenguas, lenguas nuevas surgieron y cada grupo se aferró a su lengua, y también a los nuevos dioses. Y los diferentes dioses indican desde entonces su camino a los pueblos (p. 121).

Assaf Ashkenazi

Carlos Alberto Montaner:
Viaje al corazón de Cuba. Barcelona:
Plaza & Janés, 1999; 287 pp.

"Es un libro de historia de la Revolución cubana y un análisis psicológico de Castro como figura clave de todo este proceso. Y es también un juicio ético, porque no creo que uno puede asomarse a un proceso tan dramático como es la Revolución cubana, y en general toda Revolución, sin hacer un juicio crítico, sin preguntarse si ha valido la pena, por lo que la gente ha sufrido, y qué es lo que ha pasado realmente". Estas palabras de Carlos Alberto Montaner (en mi entrevista del 7.2.2001), que se refieren a **Viaje al corazón de Cuba**, expresan la constante preocupación que lo ha llevado, como político, editor, escritor y periodista, a analizar y sintetizar en una prolífica obra que abarca artículos, ensayos y novelas, el pasado, el presente y el futuro de Cuba.

Montaner, quien, aún adolescente, participó en la lucha contra el dictador Batista, comprendió muy pronto que la dictadura sólo había cambiado de dueño. Eso le valió una condena de 20 años en el reformatorio de menores de La Habana, de donde logró escapar, asilarse en una embajada y luego partir hacia un exilio que todavía no ha terminado.

Viaje al corazón de Cuba, reeditado tres veces en España y publicado en inglés en los Estados Unidos, está estructurado en seis capítulos y un epílogo, titulado "El día que murió Fidel Castro", que funciona como relato de ficción. El primer capítulo, "Retrato del joven Fidel Castro" está dedicado a este "caudillo que desde las alturas de su poder, trepado a su ego inmarcesible, maneja a los cubanos como le da la gana" (p. 17), quien "se dio en un país preciso y en una circunstancia concreta" (p. 35). El segundo capítulo es un lúcido análisis de las guerras de independencia, la imposición de dictaduras y las revoluciones que las derrocaron. El flujo natural de la historia, pasando por "La insurrección" —el tercer capítulo— afluye en el mitológico Primero de Enero de 1959, que marca el inicio de un régimen totalitario de corte marxista.

La frustrada invasión de Bahía de los Cochinos/Playa Girón "significaba [para Castro] el más sensacional triunfo de su vida política. Esta victoria le había dado la oportunidad de plantear clara y desem-

bozadamente la militancia comunista de la Revolución” (p. 130). Después de destruir totalmente el sistema económico por medio de la nacionalización y “reformas” de índole socialista, fueron confiscados y eliminados todos los bienes privados – desde los medios de comunicación hasta los centros de enseñanza, arrollando de paso las pequeñas empresas privadas durante la llamada **ofensiva revolucionaria** en 1968. Desde aquel momento se impone la siguiente realidad:

Era el Partido el que les decía dónde podían trabajar, cuánto podían ganar y de qué forma estaban autorizados a gastar ese dinero. Pero ésa era sólo una parte de las limitaciones impuestas a la sociedad. El Partido, además de racionar los alimentos para determinar cuánto y qué debían ingerir los cubanos, también establecía las reglas éticas e interpersonales del grupo. Eran los comunistas los que decidían qué ideas eran justas y cuáles resultaban execrables; qué libros debían leerse y cuáles estaban destinados a la hoguera; qué música se ajustaba al patriotismo y cuál denotaba una actitud proyanqui y entreguista [...] Todavía más: le correspondía al onnisapiente Partido establecer cuáles jóvenes podían acceder a estudios superiores [...] La universidad es sólo para los revolucionarios heterosexuales que hayan elegido cuidadosamente a su pareja (pp. 149-151).

Para ser revolucionario había que creer lo que Castro creía del pasado: que la República era una sentina, que la nación era una colonia yanqui, que los revolucionarios habían llegado en un carro de fuego desde la tradición mambisa del siglo XIX para salvar a los cubanos de su desdichada abyección contemporánea (p. 152).

Así, mediante la falsificación de la historia, por medio de una descarada tergiversación de los hechos, se llega a la absoluta e incondicional mitificación de la Revolución. Pero, sigue Montaner, “había algo todavía más escalofriante que la obligación revolucionaria de entender el pasado con la arbitraria pupila de Castro: para ser revolucionario había que compartir los juicios sobre el futuro” (*ibid.*).

Se plantean entonces las más que legítimas preguntas: ¿Cómo se sostiene este régimen totalitario durante ya más de 40 años? ¿Por qué no se rebelan los cubanos? Montaner expone la explicación que sigue:

Este [el castrismo] tomó de los nazis un elemento represor que no existía en los demás países comunistas: los Comités de Defensa de la Revolución. El CDR es la unidad básica de represión en Cuba. Es una célula de espionaje manejada por el Ministerio del Interior y existen en la Isla, literalmente, varios millares [...] Los CDR, además de mantener la “pureza ideológica” de la sociedad [...] tienen la misión de controlar la vida de todos los ciudadanos (p. 156).

166 El texto de Montaner analiza la estructura de dicho organismo represivo y aquí importa subrayar que

precisamente los CDR “colaboraron”, en la sombría década de los '70, en detectar y luego enviar a los campos de trabajo forzado, eufemísticamente llamados Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), a todos aquellos que se negaban a ser convertidos a la fuerza en “hombres nuevos”: unos 50.000 cubanos, acusados de espías, de homosexuales, de llevar ropa o corte de pelo “inadecuados”, de leer o, peor todavía, de escribir libros que no correspondían al famoso lema “Fuera de la Revolución, nada”.

Pero, como reza el dicho, “el pueblo votaba con los pies”. Según señala Montaner, a “los seres humanos que no se sienten héroes revolucionarios, ni hombres nuevos” (p. 153), en los tiempos “normales” se les envía “a la agricultura”, para, durante meses y a veces años, “ganarse el derecho” a emigrar. En tiempos “anormales” el propio Fidel Castro estimuló el éxodo, primero por Camarioca (1964), y en 1980, por Mariel, después del más conmovedor acto de desesperación ocurrido en la Embajada del Perú.

El último de estos incidentes, copia al carbón de los anteriores, ocurrió en el verano de 1994 como consecuencia de la creciente salida ilegal de balseiros que huían de Cuba y encontraban amparo en los Estados Unidos. Para terminar con el trato favorable dado a los inmigrantes cubanos [...] [Castro] volvió a permitir el éxodo sin controles de balseiros, y varias decenas de millares de cubanos se echaron al mar en cualquier cosa capaz de flotar. Unos treinta mil consiguieron sobrevivir –no se sabe cuántos millares perecieron– y fueron internados en la base de Guantánamo hasta que se les permitió viajar a Estados Unidos (p. 235).

Hoy más del 20% de la población cubana vive en el exilio y “según las estimaciones de los diplomáticos radicados en la Isla, más de la mitad de la población estaría dispuesta a emigrar si contara con la visa y cómo costear el pasaje” (*ibid.*).

A la diáspora, que llega hoy a casi tres millones (incluidos los descendientes) de cubanos provenientes de diferentes estratos sociales e ideologías, pero con un considerable número de ex-simpatizantes de la Revolución, está dedicado el último capítulo del libro de Montaner.

Pero, tal como corresponde a un proceso aún sin concluir, cierra el texto el epílogo ficcional, según el cual, después de un grandioso entierro, Raúl Castro asume el poder y descubre inmediatamente que es imposible mantener el régimen dentro del molde estalinista y que no le queda otro remedio que lograr dos objetivos a corto plazo: la reconciliación con los Estados Unidos y con el Occidente y la ampliación de los márgenes de la participación de la sociedad en la administración del país, o sea el desenlace ya conocido de los países ex-comunistas del Este europeo.

Coincido con Beatriz Bernal (*Encuentro* 2000, 16/17, pp. 223-226), quien ha señalado respecto de este texto:

Es el libro que por su estructura, su contenido, su información y la amenidad de su lectura, deben leer los cubanos de una u otra orilla, sobre todo las nuevas generaciones que en el exilio se han visto privadas de conocer la historia de Cuba, y en Cuba misma han estudiado una historia falaz y distorsionada (p. 226).

Emilia Yulzari

**Ana María Navales: *Escrito en el silencio*.
Palma de Mallorca, Calima Ediciones,
1999, 97 pp.**

Ana María Navales, nacida en Zaragoza, ha publicado varios poemarios (entre ellos *Del fuego secreto*, *Mester de amor* y *Los labios de la luna*), libros de relatos (entre ellos *Cuentos de Bloomsbury*, *Zacarías, rey* y *Tres mujeres*) y novelas (entre ellas *La tarde de las gaviotas* y *El laberinto del quetzal*).

Escrito en el silencio se abre ante el lector plasmado una pérdida que lo significa todo, la pérdida de las palabras, la pérdida de un poema que lleva en sí lo más básico: la llave a nuestras casas (p. 9), a la casa del hablante lírico. Ya desde el comienzo se destaca la gran fuerza esencial de la poesía, el poema en el sentido más existencial y a la vez más volátil, casi inaccesible, escurridizo. Después de haber leído el primer poema, continuamos leyendo con la esperanza de encontrar aquello que nos abandona ya desde la primera frase (falta que irá lentamente abarcando otros campos, como el amor, el futuro, la niñez, etc.). Desde el mismo título del libro, la escritura es un fin en sí misma, ella se irá forjando como el eje central de toda la obra y como la única posibilidad de acercarnos al mundo ("Alargo mi mano con la palabra para tocar el mundo", p. 12).

El libro está dividido en dos gran secciones: "Reloj de agua" y "Postales de otoño". La primera es la más extensa y está compuesta de cuarenta poemas cortos. En estos primeros textos se manifiestan, junto al ya mencionado abandono del poema, la indecisión, el deseo ("todavía quieres seguir vivo", p. 11), el pasado, el amor, la vejez, la lectura. Las imágenes surgen de manera límpida y directa y se concretizan, desde su transparencia, en toda su fuerza poética:

*Has recogido sobre tus hombros
toda la lluvia
y tu nombre flota
como un barco de papel
en un océano de olvidos.* (p. 11)

Como si el tiempo se midiese con relojes de agua, el hablante lírico se dirige a nosotros desde un mo-

mento –tal vez prematuro– de su vida en el que es posible mirar atrás, medir ("Equivocaste la vida", p. 19), reconocer ("Ahora que ya sabes mirarlo todo sin excesos", p. 17), hablar del pasado ("Cuando era joven, el espejo me dibujaba como una columna de mármol", p. 20) y hasta admitir la muerte ("temerosa del rayo y de todo cuanto de mí va muriendo", p. 25). Los poemas de la primera parte son como una colección de relojes de Dalí, el inevitable discurrir del tiempo, desde el cual se asoma un presente un poco triste, oscuro, el hoy del abandono:

*Está sin alma y en sombra
tu presente
y sólo te queda un triste espacio.* (p. 19)

La voz de estos poemas es femenina, es la voz de una mujer adulta que nos habla desde un tiempo "líquido", un tiempo de escritura que a la vez recupera y pierde la niñez soñada ("No fuiste la niña que ahora ocupa el espacio de tu infancia", p. 51). Se trata de una voz que es en ocasiones infantil ("Tengo una amiga imaginaria con la que hablo en silencio", p. 13), en ocasiones, una joven enamorada ("Y yo camino entre mariposas, las duda y el amor que revolotean", p. 35), y en otras –estas son la más logradas–, nos encontramos con una mujer incómoda en su nuevo tiempo, entre joven y vieja, en transición y constante lucha ("Quieres darle la vuelta al reloj para que un viento distinto disuelva el tiempo", p. 43), disfrazada y consciente de que los otros son testigos de su disfraz:

*Señora,
hoy ha derramado usted
sobre mí, como un licor,
toda su tristeza.
No me engaña su cara
de peonza dando vueltas
y bailando todo el día
al son que tocan los fantasmas
que regresan del olvido.* (p. 48)

La primera parte de *Escrito en el Silencio* termina volviendo a la escritura y al abandono que aparece en el poema inicial. Las imágenes se consolidan, tal vez paradójicamente, con mucha fuerza, de manera abierta y nítida; el poema, por su parte, reivindica la inutilidad de las palabras y del escribir ("Ni he tenido la fe suficiente para creer que mis palabras podían abrir la puerta", p. 62). La mujer que envejece y que intenta cambiar su vida, detener el fluir del tiempo, se encuentra frente a la imposibilidad de hacerlo a través de la escritura. Se trata de la misma mujer que ante la palabra escrita, en otro de los poemas de esta primera parte, se pregunta:

Qué verdad intacta voy a encontrar,
cuál será su respuesta a las sombras,
por dónde me llevará al infinito
habitable o al centro de mi ser... (p. 22)

“Postales de Otoño”, la segunda parte del libro, contiene veinte textos. La búsqueda del poema perdido continúa (“Busco un poema sin tiempo, [...] Busco un poema desnudo, [...], un poema, sólo uno”, p. 79) esta vez desde un tiempo diferente, un tiempo en el que el discurso poético está muchas veces dirigido a un destinatario (“Quiero oír tu voz y la palabra que diga mi nombre”, p. 68) al cual hay que explicar las cosas (“Insistes en que guardo algún secreto, quieres saber las claves de mi ausencia y bien poco es lo que no te he dicho”, p. 80). En ocasiones ese destinatario es un doble del “yo” que se dirige a sí mismo en segunda persona (“Pero no me pidas que te ayude a dirigir tus ojos hacia dentro, donde sólo los demonios viven”, p. 81).

Las palabras continúan surgiendo desde el mismo espacio de los primeros textos, desde esa existencia en el otoño; sin embargo, la voz de estos poemas se arraiga más en el presente – no siempre deseado (“En este silencio no habita nadie, los niños y los ángeles han huido y yo busco tesoros en el fondo de lejanos mares que no existen”, p. 81). En la segunda parte del libro, el hablante lírico acepta su destino de manera más madura, quizás más consciente de su irreversibilidad. Las categorías de espacio, tiempo y mundo se distinguen más claramente. Así, la oposición mundo-escritura adquiere nuevas dimensiones, el ámbito de la palabras se convierte en una suerte de refugio y un medio de escape, un mundo “hecho de palabras encendidas que esquivan la muerte”, (p. 65). La vida discurre entre el otoño, la escritura y la conciencia de otros espacios inaccesibles:

*Pero me dicen que hay un tercero [mundo],
que misteriosamente desconozco,
donde tigres y leones se despiertan
con rara vocación de ser felices.* (p. 65)

Se despliegan ante el lector, la imposibilidad de vivir en esa realidad en la que vamos envejeciendo y perdiendo vida; el mundo de la escritura que nos resguarda pero a la vez nos abandona constantemente, con esa imposibilidad de asir las palabras; y esos otros espacios más felices que de todas maneras nos están prohibidos por no ser tigres ni leones.

El final del libro nos conduce lentamente hacia las mismas imágenes que ya se consolidaban desde su comienzo. El abandono del poema se convierte en “un cansancio de palabras” (p. 86), en una pérdida de rumbo. El poeta es un payaso que se empeña en vivir la vida más allá del tiempo, de la realidad, de las arrugas, de la fiesta. Se trata del disfraz de la escritura pero ahora desenmascarado:

Somos payasos de feria,
locos al fin del milenio,
gente rara, ya se sabe,
que se empeña en vivir
a las afueras del ruido
hasta que acabe la fiesta. (p. 88)

Un otoño cansado, triste y de hojas amarillas va haciéndose cada vez más palpable y más real en cada uno de los últimos poemas. El que cierra el libro termina con el reconocimiento total de ese tiempo – presente, ya casi pasado (“Dámelo todo muy pronto y yo me iré para siempre”, p. 89)– y sin embargo, perduran en él de manera absoluta el deseo y la vida:

*[Dame ...] un otoño de hoja verde,
un beso fugaz y eterno,
el viento como un susurro
y un río de sueños lleno.* (p. 89)

La poesía de **Escrito en el silencio** consolida a través de cada uno de sus textos un espacio poético en el que se unen escritura e intensidad vital.

Judith Fraenkel Grosgold

Oswaldo Picardo: Una complicidad que sobrevive. Mar del Plata: Martín, 2001.

Oswaldo Picardo nació en Mar del Plata, donde reside y enseña literatura. Ha escrito numerosos artículos en el país y en el exterior, y durante años ha desarrollado una importante gestión en el plano de la cultura – muchas veces con la presencia de invitados por demás representativos. Desde el Foro Cultural de Centro Médico en dicha ciudad vino impulsando manifestaciones artísticas e intelectuales en las ramas de pintura, música, cine, fotografía, literatura y crítica literaria, coordinando en aquel período la revista de divulgación **Propuestas**. Desde el otoño de 2001, dirige junto a Esteban Moore y Ricardo Martín la revista **La Pecera**, incursionando una vez más en misceláneas culturales. Entre sus libros cabe mencionar: **Apenas en el mundo** (1988), **Poemas con tu altura** (1989), **Letras en una esfera armilar** (1991), **Dejar sin ventanas la verdad** (1993) y **Quis Quid Ubi** (1997). Cuenta en su haber con una traducción a **Los poemas de Amor de James Laughlin**, realizada junto a Esteban Moore y Fernando Scelzo y aparecida este año. Su nuevo libro **Una complicidad que sobrevive** obtuvo el Premio Nacional de Fundación de las Artes.

Dos marcas iniciales abren este texto: una dedicatoria y un verso. En una escritura producida con una motivación de búsqueda, el nombre de Marta

y el de Juan L. Ortiz son puntos de anclaje para que la dimensión de lo real y la escritura tramen una complicidad contra los límites. Lenguaje, espacio y tiempo presentan un universo colmado de calles, rutas y designios ignotos ofreciéndose como espejismos a la mirada; pero en el silencio abismal que difiere respuestas definitivas o en quedades de cosas dichas y perdidas para siempre, las voces de la escritura juegan una apuesta extrema. El sujeto poético tramará una estrategia donde ya no será fácil localizar un centro, porque va a optar por la ficción de un diálogo con recuerdos de Junín o enigmas cifrados en otro país. Es este el punto en el cual el yo se escinde y abre juego hacia una enunciación que apuntando por momentos a la primera persona, se desdobra y apela a un tú –ella que está ahí, o más lejana– y una conciencia que aparece como socio implicado, sutil y contradictorio, maligno a veces, fiel como un espejo que muestra y opaca deseos y temores. Sin embargo, no se trata de un “tú” castizo sino de una segunda persona gramatical pronunciada como “vos”, la forma rioplatense que pone énfasis en la proximidad, en la cercanía de cosas que, al menos en el plano del deseo, son palpables y acompañan. Amor y poesía sellan un pacto y se entregan, como razón de vida en una exploración sin fin; sin embargo, el viaje tiene riesgos que aumentan con cada pregunta, con cada demanda, y en el intento de cruzar alianzas entre pasado, presente y futuro se está cada vez más cerca del vacío. ¿Qué sueño sagrado habita las “impalpables geometrías” de una casa milenaria o esa urna escondida con los huesos de un niño? En el roce a tientas de antiguas procedencias, el viento y el mar vuelven a traer una sincronía anónima, la melancolía dulce de una música ausente, una combinación incierta de instantes simultáneos donde el agua salada otra vez se impregna en la piel. Si la repetición da la clave de un acertijo recóndito, indeleble, ahora el poeta escucha un rumor de alguien, de cuyo espectro se hace responsable; portador y depositario de una mirada arqueológica, el poeta acude por petición de un fantasma y al decir de Levinas se hace cargo de otro cuya voz ya no se oye. Pasos, ecos, brumas de imágenes tejen enigmas en reminiscencias que la letra graba como canto lejano, como llamado de una especie que dejó restos de materia en orillas arcaicas. Pero la escritura modaliza los tiempos de acuerdo al deseo y la conjetura de alguien que no fue testigo, reconstruyendo un mundo ahora intangible, lleno –acaso– de llantos y risas en la rutina doméstica de inviernos junto al fuego de una cocina.

La poesía de Picardo concentra detalles para desplegar una épica de lo cotidiano en medio de futilidades continuas, actuales, esas que quitan espesor y

solemnidad a la expresión sin sustraerse a la experiencia intensa, a la marea de la vida en cada fragmento diario, renovándose en cigarrillos a medio apagar, en sábanas revueltas como el mar cambiante, en rostros invocados o evitables y en la casa, espacio privado, garantía y convicción de lo que es necesario y posible: la charla, la conversación para alcanzar y ceder, pedir y otorgar.

El papel traduce y autoriza una zona donde el yo vacila entre el buen decir y la expulsión de los que molestan – como las polillas que invaden y persiguen a un poeta que no encuentra bellas mariposas. Los poemas narran un deleite por lo sublime que no trasciende lo físico y terrenal. Pero el papel escucha sobre todo un miedo: la rabia de ella, su desdén. Hay un poema, “Sólo esto mío único de mujer”, con tres apartados, cuyos versos finales conjuran por fin esa ausencia con variaciones que reflejan la inconstancia y la fragilidad. Resulta paradójico: grandes vivencias a escala de historias mínimas. El sistema de citas forma parte de un mundo compartido, del vínculo entre la lectura secreta y el hallazgo fortuito, de alguna manera el nombre de sueños propios y recuerdos ajenos, allí donde las páginas leídas o escritas son algo más que el blanco de remisiones autorreferenciales. En este sentido, la dirección de la escritura intenta dar forma a los episodios del pasado; pero sobre todo procura atesorar un pasado que a veces se escurre y borrona como la lluvia en la ventana de un ómnibus cualquiera. Entre el murmullo y los vestigios de la distancia, y el ruido o el silencio de hoy, la poesía convoca al infinito y en su ínsita extrañeza reconoce el enigma. El sentimiento visceral, el secreto al resguardo de la multitud tejen la piel de las palabras para que las cosas resistan la erosión y el olvido, el tiempo y la muerte. Hay un anhelo de verdad que no escapa al pacto de amantes; hay un secreto perpetuado en promesas cómplices, en el sentido enredado por la memoria y los miedos oscuros. Las páginas escritas hablan de días y noches y se hacen visibles, inventándose tramposas una maniobra para quedar fuera del alcance de miradas furtivas. Escribir como viajar son parte de esta misma salida, un ensayo para inventar un punto de detención aunque, se sabe, no se logre. Huir puede generar perspectivas dinámicas para una mirada transmutada en el vuelo de los pájaros. Viajar posterga los ritos habituales, alterna ritmos veloces y lentos, momentos inconclusos –por la rapidez obligada– y apacibles – por morosidades sabiamente logradas. Transitar y detenerse en la fuga forman una secuencia falible, la proyección ficticia de un futuro que como el relato, construye nuevas fábulas del ser.

Nancy Fernández

Antonio José Ponte: Cuentos de todas partes del Imperio. París: Editions Deleatur, 2000; 78 pp.

Poeta, ensayista y narrador, Antonio José Ponte es considerado uno de los representantes más destacados de su generación. Ingeniero hidráulico de profesión, en la última década se ha dedicado exclusivamente a su vocación literaria. Reside en La Habana, pero casi no publica en la Isla. Es autor del poemario *Trece poemas* (1989), de los libros de ensayos *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (1995) y *Las comidas profundas* (1997) y de dos libros de relatos, *In the cold of the Malecon and other stories* (2000) y el que se reseña aquí, los últimos tres editados fuera de Cuba.

El pequeño volumen de cinco cuentos, un prólogo y un epílogo “no tiene más justificación que la existencia del Imperio” (p. 7) que, según el autor, es la amplitud geográfica de la cubanidad, esa especie de diáspora, de “imperio cubano”, existente en la Isla y en el éxodo. Esta cubanidad, en sus diversas manifestaciones, es configurada en una narrativa polifónica y multicolor, esquivando la monotemática que caracteriza la actual tendencia al “realismo sucio”, entre cuyos exponentes la crítica menciona a Zoé Valdés y a Pedro Juan Gutiérrez.

El narrador homodiegético de los cinco relatos, al usar la primera persona gramatical, impone un tono intimista, de confianza, siendo el sustituto autorial diferente en cada cuento: un ex-estudiante becado entre las nieves de la Rusia comunista; una mujer que se ocupa de la limpieza del baño en el aeropuerto; un arquitecto recién graduado que, al preparar su tesis sobre las baracoas, descubre una misteriosa ciudad subterránea llamada Tuguria; un carnicero del Barrio Chino; un informante de la Seguridad del Estado.

Entre todos ellos, sin embargo, hay algo común, además de ser cubanos: son “cuenteros”, cuentan historias que, a veces, en medio de la trama, se bifurcan para sacar a luz otro cuento dentro del primero.

No faltan en los breves textos de Ponte los dolorosos temas de la actual realidad cubana: la escasez de comida, la falta de vivienda que se traduce en promiscuidad, el hambre que empuja a la prostitución y a la delincuencia. Pero a diferencia de los escritores que han izado la bandera del “antirrealismo socialista”, de la denigración del “hombre nuevo” y la sexualidad excesiva para sacar a la vista únicamente la lacra de la sociedad cubana, este narrador exhibe una prosa pulida, en la que se destaca la presencia del espacio imaginativo, del humor y de la ironía. Los problemas de la realidad cubana, ya tantas veces remasticados, no están convertidos en temas emblemáticos, sino son aludidos como de soslayo, como parte

de la cotidianeidad, para trascenderlos y trasmutar el testimonio en escritura.

Uno de los temas obsesivos del “imperio cubano” es la comida, o mejor dicho la dificultad en conseguir los productos, aunque fuera o dentro de la Isla las razones son diferentes. Una noticia por la televisión sobre los chechenos (“Las lágrimas en el congrí”) provoca el recuerdo de un ex-becado en la ex-URSS relativo a cómo el congrí se convirtió “en el plato totémico de la tribu” (p. 10) y cómo el mulato Golomón, que consiguió derrotar a una pandilla de chechenos acosadores de muchachas cubanas, bautizó al tensor de gimnasia que le sirvió de espada “¡Pan con lechón!”. Hasta el lector más inocente puede captar que ni el título ni el nombre de la improvisada arma son gratuitos.

Con la misma sutil ironía y como al descuido, en “A petición de Ochún” se informa: “La carne de res aparecía muy poco y los pollos llegaban cada vez más albinos de Bulgaria. ‘Apesta más que un pollo bogomol’, se convirtió en insulto entre nosotros” (p. 45).

En La Habana siempre faltaron las viviendas y no es extraño que una familia con siete hijos, tres nueras y dos nietos dispusiera de “un apartamento de dos piezas sin balcón ni patio” (p. 10), o lo referido en el siguiente momento:

Quando necesitas aumentar el tamaño de tu casa y no hay patio donde construir más, ni jardín que ocupar, ni siquiera balcón, cuando necesitas ampliarte y vives con la familia en un apartamento interior, lo único que te queda es elevar los ojos al cielo y descubrir que en tanta altura de techo bien cabría otro piso, una barbacoa (p. 23).

Este es párrafo inicial de “Un arte de hacer ruinas”, donde el narrador da rienda suelta a la imaginación y, entre los recovecos un tanto cortazarianos de un subterráneo inexistente, describe una Habana en ruinas, debido a que los tugures “sacaban de una habitación chiquita cuatro habitaciones, de un piso hacían dos” (p. 32); afirma asimismo que debajo de esta ciudad existe otra “muy parecida a la de arriba” (p. 39), a la que se emigra en dirección vertical, para abajo.

La obsesión antitética de salir/volver, a primera vista paradójica, ya que los que están dentro quieren salir y los que están fuera quieren volver (¿o es que simplemente se quieren trasladar libremente por todas las partes del “imperio”?) se capta en el segundo relato, intitulado “Por hombres”. Aquí el “yo” pertenece a la mujer que limpia el baño del aeropuerto y que reúne una a una las monedas extranjeras que le dejan para, algún día, “salir por la puerta de los aviones” (p. 18) y reunirse con su hijo en el extranjero. En la dirección contraria —ha vuelto para quedarse— se mueve la muchacha que, después de dar la vuelta al mundo desde el Oriente hasta Islandia en increíbles

aventuras, huye de los hombres, pero los hombres también huyen “[y] no se puede huir de quienes huyen sin tropezar con ellos” (p. 22).

De modo más notorio se exhibe la idea fija de abandonar el país en “El verano en una barbería” – único relato del volumen que, según Ponte, no se podría publicar en Cuba por tocar el tema del espionaje en la sociedad cubana. Consta de dos cuentos independientes, unidos por el mismo lugar de la acción –una barbería de La Habana–, por el mismo “cuentero” –el Ronco– y por una deliciosa mezcla de realidad y fantasía. En el primero, un santero no consigue fugarse, pasa años en la cárcel, “donde escuchó las historias de quienes, a diferencia de él, habían conseguido escapar” (p. 64) y decide volver a intentarlo. La segunda vez lo recoge en el mar un barco que resulta propiedad de la Reina de Inglaterra y el hombre llega a ser el santero personal de la Reina.

En el otro cuento, que es la última historia del Ronco (y del libro), un joven guerrero africano realiza su ambición de hacerse rey de su tribu y contrata para su séquito a “negros de aquí que están allá” (p. 74). Hacia el final, el texto enfatiza el temple irónico que anima al narrador:

Fue, de verdad, la última historia del Ronco. En el resumen que escribí para mis superiores hice notar que contábamos con un hombre presto a ser rey en África y otro muy cercano a la Reina de Inglaterra. Ambos podrían ser útiles desde sus cortes respectivas (p. 75).

El final abierto, no exento de ironía, abre lugar a la ambigüedad:

Lo que nunca iba a saber (pero esto a mis superiores y a cualquier inspección los tenía sin cuidado) era de dónde sacaba el Ronco sus historias. Porque ni Lilo ni Manín supieron decírmelo en todos los viernes que tuvimos sin él más adelante (p. 75).

No falta, entre la abigarrada cubanidad de este breve volumen, el tema del mestizaje, de la simbiosis religiosa afrocubana. Lo muestra desde el título el relato “A petición de Ochún”, la diosa del amor y la alegría. La acción empieza en una carnicería del Barrio Chino de La Habana, se desvía en un cuento secundario en el zoológico, donde unos carniceros matan a la elefanta, se desplaza a África con el aprendiz del carnicero y vuelve a su punto de partida. Es una historia en la que se entrecruzan el amor, el misterio y el absurdo: para recuperar el amor de su mujer, la mulata china Luminaria Wong, hija de Ochún, Ignacio tiene que ofrendarle un corazón de elefante macho. La única manera de conseguirlo es ir a África (“Teníamos, para quien quisiera ver elefantes sueltos, nuestras guerras en África” [p. 53], apunta burlonamente el narrador) para cazar uno. Adentrarse solo en la selva equivale a la deserción y al posterior fusilamiento, y el último deseo de Ignacio es entregar el

corazón del elefante a su esposa en el Barrio Chino.

El arte de contar, la narración oral que se vuelve escritura, se tematiza explícitamente tanto en el prólogo como en el epílogo: en el primero se ruega por la cabeza de Scherezada, por los “seres cuya profesión es la de contar historias, *confabulatori nocturni*. [...] Pues quien cuenta historias pende siempre de los caprichos y del aburrimiento de algún rey” (p. 8). El lector aburrido podría haber cerrado el libro y haber hecho rodar la cabeza de Scherezada. De no ser así, habría llegado al epílogo, en el que se ruega por la cabeza del Cardenal Mazarino: ésta fue valorada al mismo precio que los libros de su biblioteca. Indudablemente, el breve volumen de Ponte aumentaría el valor de las nuestras.

Emilia Yulzarí

Raanan Rein, *Argentina, Israel y los judíos. Encuentros y desencuentros, mitos y realidades*. Buenos Aires, Lumiere, 2001.

Esta es la primera investigación histórica que enfoca las relaciones Israel-Argentina-comunidad judía local. Metodológicamente, su enfoque cruza categorías analíticas tomadas de la historia de las relaciones internacionales, la historia política argentina y sobre el antisemitismo.

El gran aporte del abordaje triangular de este historiador de la Universidad de Tel Aviv es poner al descubierto las contradicciones de intereses no coincidentes en las tramas de las relaciones bilaterales Israel-Argentina, por un lado, y los intereses de la comunidad judía argentina, por el otro. A tales efectos, el autor analiza dos épocas históricas muy diferentes: la del primero y segundo gobierno peronistas (1946-55), y el turbulento período 1955-62, desde el derrocamiento de Perón hasta el golpe de estado contra el presidente Frondizi. Tanto en espacio, profundidad y uso de fuentes primarias, la investigación histórica sobre la era peronista (4 capítulos en 170 páginas) no sólo excede cuantitativamente a las 110 páginas de los 3 capítulos de la segunda parte, sino también la supera por el uso de documentación histórica valiosa y por la capacidad de análisis evidenciada. Rein publicó previamente dos importantes libros sobre la era peronista: ***La salvación de una dictadura: La alianza Franco-Perón*** (1995) y ***Peronismo, populismo y política: Argentina 1943-1955*** (1998). Sin embargo, los *case studies* que mejor sirven al autor para demostrar su interesante tesis central corresponden al gobierno frondizista: la crisis provocada por el secuestro de Eichmann y la reacción ante la escalada antisemita. En contraste, el análisis de la Argentina peronista ante la Partición de Palestina en 1947, o la incursión en los frustrados intentos

de Perón por granjearse la adhesión y simpatía de la comunidad judía a pesar de sus excelentes relaciones con el nuevo Estado Judío, no llegan a constituir *tests* históricamente comparables a los otros.

Por ejemplo, el primer capítulo, que narra la historia de la posición argentina ante la Partición, se lee independientemente de la tesis central de Rein, pero interesa porque aporta por primera vez una rica documentación del archivo personal del entonces canciller Juan Bramuglia, que el autor revisó en la Hoover Institution de la Universidad de Standford. A través de esa correspondencia, es posible conocer los diversos entretelones de la historia diplomática argentina sobre la cuestión del Estado Judío, poniendo al descubierto las luchas ideológicas, generacionales y personales que dividía a la cúpula del servicio exterior argentino. Especialmente son bien presentadas las diferencias entre Bramuglia, el embajador José Arce y el vicepresidente de la delegación argentina en la ONU, Enrique Corominas. Allí se ventilan las posturas de Corominas a favor de la partición, la hostilidad de Arce al Hogar Nacional Judío y la ecuanimidad de Bramuglia. Del capítulo surge la impresión de que la posición final argentina de abstención, tanto en la comisión *ad hoc* para tratar la cuestión de Palestina como en la asamblea general de la ONU el 29 de noviembre 1947, habría sido tomada luego de serios enfrentamientos entre los altos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores. Sin embargo, Perón “brilla por su ausencia”, al decir de Rein (p. 54). Su polémica conclusión final es que Perón habría preferido no tomar partido en forma tajante, y “dejó que la responsabilidad fuera imputada a los diplomáticos que representaban a la Argentina” (p. 55). Esta conclusión, que deja de lado al propio Perón en decisiones de política exterior, se habría enriquecido con una discusión de la tesis contraria que investigó Ignacio Klich, quien ha demostrado la deliberada política de equidistancia del líder frente a judíos y árabes.

En el capítulo II Rein explica las razones políticas, ideológicas y culturales de lo él que llama la “partida perdida” de Perón en la conquista de la simpatía de la opinión pública judía de su país, mientras que en el III demuestra la “partida ganada” por Perón en el mantenimiento de excelentes relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con Israel. Además, las imágenes de la era peronista se enriquecen en el capítulo IV, especialmente por traer al lector las diferentes y matizadas representaciones del régimen populista a ojos de la opinión pública israelí, según la prensa hebrea, representaciones totalmente desconocidas en español. Estos tres capítulos recrean con fuentes documentales variadas un descriptivo entramado de las relaciones triangulares Israel-Argentina-comunidad judía, abordadas desde la perspectiva del Estado, pero también desde la sociedad civil. Rein muestra

que los intereses estatales israelíes eran diferentes a los de la comunidad judía, mayoritariamente hostil a y desconfiada de Perón. Sin embargo, esta no coincidencia de intereses no llegó nunca a alcanzar un nivel de conflictividad antagónica. Ello no ocurrió cuando el embajador Tzur tuvo una actitud de simpatía y comprensión respecto a la OIA, Organización Israelita Argentina peronista, de la cual recelaban la DAIA y organizaciones internacionales judías; ni tampoco cuando Tzur se opuso a que esas organizaciones judías caracterizaran de “antisemita y/o fascista” al populismo peronista. Rein muestra con perspicacia los intentos de Tzur para mejorar la imagen de Perón, tanto en Israel como en los EE.UU., a los efectos de ayudar al líder populista a recomponer sus vínculos con Washington. Pero, a pesar de que esos esfuerzos diplomáticos israelíes fueron rechazados por organizaciones como el AJC y el WJC en los EE.UU. (pp. 116-117) –episodio estudiado también por otros investigadores–, no es posible encontrar un enfrentamiento con la comunidad judía local o internacional debido a esos desencuentros políticos en las relaciones triangulares. Falta, sin embargo, alguna hipótesis explicativa que haga inteligible la persistente suspicacia y oposición de la comunidad judía al peronismo, a pesar de la política exterior pro-Israel de Perón y Eva, de sus simpatías hacia el asociacionismo étnico judío en el país y de sus inequívocas condenas a manifestaciones del antisemitismo criollo.

La utilización casi exclusiva de fuentes diplomáticas israelíes y de organizaciones internacionales (como el AJC y el WJC), para caracterizar coyunturas de inseguridad de los judíos frente a potenciales brotes antisemitas, a menudo desdibuja el verdadero peso de los actores en juego en los últimos años del gobierno peronista. Un ejemplo es la narrativa de los hechos históricos durante el dramático enfrentamiento de Perón con la Iglesia, cuando algunos dirigentes judíos temieron que el conflicto podría también derivar en ataques contra sus instituciones. Por un lado, del seguimiento que hace Rein de los informes producidos por representantes de la AJC, surgiría un panorama inexacto de la orientación política comunitaria, ya que, por ejemplo, conforme a la caracterización de Máximo Yagupsky en diciembre de 1954, pareciera que la DAIA habría sufrido un “proceso de peronización”, mientras que la embajada de Israel “se habría acercado demasiado al líder populista” (p. 180). Por otro lado, de los informes diplomáticos israelíes citados para analizar el antisemitismo, surgiría un cuadro también distorsionado según el cual los nacionalistas católicos antiperonistas se habrían abstenido de atacar a los judíos “por el diálogo mantenido por el embajador Kubovy con círculos católicos (la embajada llegó a dar refugio a varias monjas católicas [...] en un intento de granjearse la simpatía de

miembros de la jerarquía eclesiástica)” (p. 181). Además, los nacionalistas que apoyaban al gobierno se habrían abstenido de dañar a los judíos “como resultado del los lazos cultivados por la embajada con la Alianza Libertadora Nacionalista” (p. 181).

El análisis de la judeofobia no siempre discierne con precisión entre el antisemitismo estatal, el popular-social y el impulsado como mito movilizador por organizaciones nacionalistas. También falta estudiar mejor el uso de la judeofobia y judeofilia en el discurso político con que la coalición antiperonista, incluidos dirigentes comunitarios judíos, se proponía desprestigiar al régimen. De los informes diplomáticos israelíes surge que, luego de la masacre de la fracasada revuelta del 16 de junio 1955, la dimensión del peligro antisemita habría sido tan alarmante para la colectividad que el propio David Ben Gurion decidió enviar a la Argentina a Isser Harel, el jefe del Mossad, con el objeto de organizar la autodefensa judía en caso de ser necesario. Harel, quien cinco años después se ocuparía de dirigir la captura de Eichmann, recuerda en sus memorias que arribó a Buenos Aires el mismo día en que estalló la “Revolución Libertadora”, el 16 de setiembre 1955, preocupado por las consecuencias antisemitas del golpe militar contra Peron, ya que estaba informado de que “la opinión pública católica ve en los judíos aliados fieles del dictador al que odian” (p. 183). Creo que su estadía de una semana en Buenos Aires prueba más la histeria de los dirigentes de la colectividad y los temores de la diplomacia israelí, que la dimensión real del peligro antisemita proveniente de la derecha católica antiperonista. Precisamente, la narración histórica del libro de Rein sobre este episodio se resiente por no explicar por qué era totalmente exagerado atribuir un sentido pro-peronista a las cordiales relaciones de la colectividad con el gobierno populista, y por lo que respecta a la evaluación real del peligro antisemita de la oposición en los últimos meses del régimen. El autor casi no utiliza documentación de DAIA, y el uso de fuentes provenientes del AJC a menudo se resiente por la ausencia de una crítica heurística amplia que esclarezca al lector la posición políticamente prejuiciosa antiperonista adoptada por esa organización judía norteamericana; similarmente, el uso de fuentes diplomáticas israelíes sin confrontación con otras fuentes locales para analizar el peligro antisemita también es problemática, por la tendencia a utilizar exclusivamente documentación diplomática exterior para evaluar el potencial xenófobo de la coalición política militar que derribó a Perón. El lector queda con deseos de entender por qué todo fue una falsa alarma y el jefe del Mossad pudo regresar tranquilo a Tel Aviv luego de “que quedaron claros los resultados: los rebeldes habían vencido y los judíos locales no corrían peligro” (p. 183).

Rein señala correctamente el hecho de que, a partir de Frondizi, por primera vez judíos argentinos ocuparon cargos importantes en el gabinete nacional y provincial. Las figuras más destacadas fueron David Blejer, hijo de colonos de Entre Ríos, que fue viceministro del Interior y luego ocupó el ministerio de Trabajo y Bienestar Social; Samuel Schmukey, secretario ejecutivo de la Presidencia de la Nación; José Mazar Barnett, presidente del Banco Central; y cuatro diputados judíos de la UCRI al Congreso de la Nación (p. 198). Basándose en el testimonio del consejero de la Embajada de Israel, M. Avida, el autor hace suya la impresión de que por primera vez en la historia argentina los judíos participaban de manera destacada en la vida política del país. Sin embargo, no sólo hay que señalar la participación **política** de los judíos en el proceso democratizador que abrió el frondizismo. También debería ser recordado el hecho de que, a partir de esos años, los judíos participaron masivamente en el proceso de modernización económica, científica, cultural y social que promovió la ideología “desarrollista” del gobierno de Frondizi. Tal como lo han puntualizado numerosos historiadores y sociólogos, en el proyecto socio-económico desarrollista ocupó un lugar central la promoción del conocimiento y el cambio tecnológico, como palanca para el proceso modernizador del país, capaz de sacarlo del subdesarrollo mediante el aumento de la productividad, la eficiencia económica y la inversión en ciencia y conocimiento avanzado. El saber científico fue instaurado como paradigma de legitimación de las políticas del desarrollismo en la esfera estatal, pero también como signo de estatus en la esfera social y educativa de las nuevas clases medias. Independientemente de sus orientaciones políticas, los profesionales y académicos judíos participaron muy especialmente en la promoción y expansión de esa política científica y tecnológica en las universidades y en la puesta en funcionamiento de organismos públicos. En esos años, también numerosos profesionales judíos de las expandidas clases medias urbanas se incorporaron a los organismos surgidos durante el gobierno anterior, como el INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) y el INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial), y en las nuevas instituciones como el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), el CFI (Consejo Federal de Inversiones) y los elencos de investigación y docencia de las universidades e institutos terciarios. Habría sido útil subrayar este proceso.

A través del *affaire* Eichmann, visto desde las relaciones Israel-Argentina-comunidad judía en los capítulos VI y VII, Rein aplica su tesis central de un modo convincente. Antes de su abordaje, sorprende que en su incursión en el recientemente investigado tema de los criminales de guerra, colaboracionistas y

nazis que llegaron a la Argentina, el autor no se apoye en los exhaustivos estudios promovidos por la CEA-NA, y parcialmente publicados antes del libro de Rein en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 43 (1999) y *CICLOS* 19 (2000).

El seguimiento de la crisis bilateral originada en el secuestro de Eichmann se basa especialmente en la documentación diplomática israelí y en la historia oral proveniente de ex embajadores en la Argentina, así como en los informes de la embajada de los EE.UU. en Buenos Aires y del representante del AJC. Por su parte, la situación embarazosa en que colocó a los judíos argentinos la respuesta israelí al enérgico reclamo argentino es analizada mucho más brevemente que el desencadenamiento de una ola antisemita que el autor vincula al secuestro, enjuiciamiento y ejecución de Eichmann (cap. VII).

Rein sostiene que la iniciativa de normalizar las relaciones diplomáticas luego de la crisis provino de Argentina y no de Israel, debido a la voluntad de Frondizi de estrechar los lazos con los EE.UU., tanto en lo político como en lo económico (pp. 235, 240). Está históricamente comprobada la importancia estratégica del *rapprochement* argentino a los EE.UU., en una coyuntura internacional en que los esfuerzos de Frondizi para impedir, primero, la invasión y derrocamiento de Fidel Castro, y luego evitar la exclusión cubana del sistema interamericano, provocaron tensiones muy serias con la administración Kennedy. Sin embargo, una cosa es el interés de Frondizi en solucionar el conflicto con Israel en una coyuntura en que la Guerra Fría dividía a América Latina, y otra es que Frondizi haya querido normalizar las relaciones con Israel como una forma de ganar la simpatía de Washington luego de la crisis por el secuestro de Eichmann. La documentación al respecto que trae Rein consiste en una entrevista del ex embajador Levavi y el testimonio del asesor legal de la cancillería israelí que se entrevistó con Frondizi, quien se mostró muy sensible ante la eventual pérdida de la ayuda económica de los judíos norteamericanos (p. 235). Pero la normalización de relaciones con Israel se produjo mucho antes de que Frondizi necesitara el acercamiento a Washington, debido a su urgencia en recomponer sus vínculos con EE.UU. a raíz del escándalo que provocó la entrevista presidencial con el Che Guevara en agosto 1961; además, esa normalización se produjo mucho después de que la diplomacia argentina mostrara inequívocas posturas anticomunistas que satisficieron a Washington, como la crítica en el Consejo de Seguridad y en la OEA a la línea ideológica de Fidel Castro. Finalmente, la normalización diplomática con Israel se produjo antes de los denodados esfuerzos de la Cancillería argentina para evitar que la cuestión cubana envenenara la política latinoamericana y argentina. La recomposición de las

relaciones con Israel formaba parte de la política exterior de Frondizi, que procuró desde el principio regularizar en general las relaciones argentinas con distintos países, especialmente con países de Europa y América Latina y con los Estados Unidos. Ahora bien: esta recomposición **también** interesaba a Israel, por lo que no es posible admitir sin ninguna observación crítica la afirmación del ex diplomático israelí, Joel Barromi, que “de hecho no fuimos nosotros los que solucionamos la crisis, sino ellos (los argentinos)” (p. 242). Si Frondizi se apresuró a normalizar las relaciones con Israel no fue por la presión norteamericana sino por la urgencia en ocuparse de la Guerra Fría y el principio de soberanía a raíz de la cuestión cubana, cuestiones que tanto preocupaban a las Fuerzas Armadas. La “amenaza” comunista exterior e interior colocó a las Fuerzas Armadas como custodios de la seguridad y la soberanía del país, y Frondizi comprendió que se debería poner punto final a la susceptibilidad de los militares respecto del *affaire* Eichmann, un terreno menos minado que las críticas al gobierno por su posición frente a la cuestión cubana.

Por su parte, la reacción pública de los nacionalistas ante el secuestro de Eichmann –como Goyeneche o incluso el ex canciller Carlos Florit– no constituyeron presiones de peso sobre Frondizi, quien estaba mucho más atento a la repercusión entre las Fuerzas Armadas de la intransigente defensa de su política exterior neutralista y contra la exclusión de Cuba. En este contexto, la normalización de las relaciones bilaterales Argentina-Israel habría sido un precio menor para Frondizi, a causa de sus tensas relaciones con los militares, que negarse a hacer concesiones en materia de impunidad a organizaciones anticomunistas y antisemitas como Tacuara. Enfrentarse con ellas, que estaban enquistadas en organismos de seguridad y de inteligencia, era complicarse con factores de poder dentro de las Fuerzas Armadas.

Precisamente lo que **no** explica Rein, desde la perspectiva de las relaciones exteriores, es por qué fue irrelevante la tolerancia de Frondizi a los grupos nacionalistas antisemitas si tanta necesidad tenía de una política de acercamiento a los EE.UU. Desde 1960, el AJC informaba regularmente al Departamento de Estado sobre actos judeofóbicos, exigiendo la intervención de sus diplomáticos para que influyeran sobre el gobierno argentino, tanto en Buenos Aires como en Washington. A fines de 1961 el Departamento de Estado instruyó a la embajada de EE.UU. en Buenos Aires para que monitoreara esas agresiones y advirtiera con discreción a sus interlocutores argentinos de sus efectos negativos (p. 262). El autor sostiene que Frondizi reveló “incapacidad, falta de temple” para manejarse con la violencia antisemita (p. 264). Más bien, pareciera que fue una deliberada concesión política para mantenerse en el poder, clau-

dicación que también fue comprendida por los EE.UU. Luego de la caída de Frondizi, los norteamericanos tampoco presionaron para detener la ola de violencia antisemita durante el gobierno cívico-militar de Guido, a partir del caso Sirota. Incluso Rein trae evidencias de que la misma embajada norteamericana tendió a creer los argumentos del jefe de policía, según los cuales el ataque a Sirota no habría tenido características antisemitas sino muy probablemente se habría debido a su militancia de izquierda, y que se trataría de “provocaciones comunistas” destinadas a subvertir el orden público (p. 269, nota 68).

Dado el uso intensivo de fuentes del AJC y del State Department para documentar el antisemitismo y la reacción argentina, llama la atención que Rein no se plantee una cuestión fundamental de las relaciones internacionales en 1960-1962: las limitaciones de la política exterior en la era de la Guerra Fría para frenar las violaciones de derechos humanos cuando estaba en juego para los EE.UU. la lucha prioritaria contra el comunismo. Conocemos las constricciones internas de Frondizi y luego de Guido para poner fin a la impunidad de Tacuara y la GRN. En cambio, no hay ninguna hipótesis explicativa de por qué fracasaron la mayoría de las peticiones de ponerlas fuera de la ley por parte de los líderes del AJC y de la Bnei Brith, pero también de los diplomáticos norteamericanos. Por el contrario, cuando Rein intenta explicar la cautela de la embajada israelí en Buenos Aires en su reacción ante el antisemitismo, muestra que la Cancillería israelí resolvió no presionar al gobierno argentino de modo directo para no afectar el proceso de rehabilitación de sus relaciones con Argentina (pp. 276-77). Esta actitud nos lleva a una cuestión más central: cuál ha sido el lugar de la lucha contra el antisemitismo en la política exterior israelí respecto de Argentina, y por qué Israel prefirió que los reclamos enérgicos en esos años los hicieran organizaciones internacionales como el AJC o Bnei Brith desde los EE.UU.

En el análisis de los actores políticos durante el frondizismo, el libro de Rein no caracteriza suficientemente una de las tendencias fundamentales del período: la alta conflictividad de las disputas políticas y sociales. En este contexto en que las disputas fueron altamente confrontativas con la oposición parlamentaria y también con la extraparlamentaria, la cultura de violencia surgía al interior mismo del sistema de partidos y cuestionaba la legitimidad de los mecanismos de asignación de poder político. El accionar violento de los grupos nacionalistas como Tacuara durante el frondizismo debería estudiarse en el marco más amplio del constante cuestionamiento de la legitimidad de las autoridades elegidas y del uso de un discurso para justificar las acciones insurreccionales emprendidas. Bajo Frondizi, por primera vez un go-

bierno civil aceptó la vigencia de la proscripción política del peronismo. La oposición peronista asumió tácticas conspirativas, aumentando su capacidad para presionar e influir en las decisiones del gobierno, pero también permitió que grupos antisemitas se incorporaran al movimiento populista. Al mismo tiempo, bajo Frondizi, también por primera vez, un gobierno democrático brindó lenidad al accionar antisemita. El sistema político se fue conformando a través de estrategias que apelaban al poder de amenaza y al retorno a la estrategia de fuerzas, tanto del peronismo político y sindical como de sus oponentes.

En síntesis, el libro de Rein constituye un aporte pionero para comprender los encuentros y desencuentros entre los intereses de la diplomacia israelí y de la comunidad judía en la Argentina. Pero al mismo tiempo plantea cuáles son los límites en el estudio de las complejas relaciones mutuas de la comunidad judía argentina organizada, con el Estado, la sociedad global y con la “madre patria” a partir de fuentes de la diplomacia israelí, cuya concepción israelocéntrica de las relaciones con la Diáspora no siempre coincide con los intereses de las comunidades judías. En este último aspecto, incluida la *alyah*, habría sido útil que el autor se apoyara en un marco teórico global, como el ensayado por el israelí Gabriel Sheffer, entre otros politólogos.

Leonardo Senkman

Alfonso de Toro, *De las similitudes y diferencias. Honor y drama de los siglos XVI y XVII en Italia y España.* Trad. del alemán: Angel Repáraz Andrés. Frankfurt am Main: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, 1998, 685 pp.

El presente trabajo de Alfonso de Toro se inserta en un campo poblado e inhóspito a la vez, en el contexto de los estudios del teatro de los siglos XVI y XVII en España e Italia. Si bien es dable afirmar que los trabajos dedicados al teatro de dicho período y a su temática relativa al honor conforman un fértil terreno en la investigación de los últimos decenios, no es ése el caso en lo que respecta a los estudios semióticos en dicha área, los cuales –muy especialmente en lo que respecta al Hispanismo– son escasos y, en oportunidades, de relativo valor crítico. Es por ello que esta obra constituye un trabajo bienvenido y necesario para la investigación literaria del período.

Uno de sus principales focos de interés es el ocupado por la problemática del origen y la función de los dramas de honor de los siglos estudiados, en palabras del autor “la descripción histórico-funcional” (p. 45) de dichos dramas, descripción que presupone la reconstrucción de las áreas del saber cultural con-

sideradas como pertinentes. De Toro reacciona contra la sobrecarga en el estudio de las fuentes de la que adolece el Hispanismo, la cual, a su parecer, dificulta en gran medida la interpretación textual. A fin de evitar este problema, el autor realiza una reconstrucción del saber cultural, explicitando las funciones paradigmáticas que cada componente de dicho saber posee en el sistema cultural.

El modo de proceder no será, entonces, histórico sino semiótico-epistemológico, ya que el objetivo no es el estudio del honor en la realidad extratextual de los siglos XVI y XVII, sino la captación del pensamiento y del debate intelectual sobre dicho tema, así como el estudio de las relaciones interculturales e intertextuales en torno al mismo. En tal sentido, el sistema cultural es percibido semióticamente como una suma de diferentes textos o discursos, como un metatexto, que funciona como paradigma y en el que la totalidad de los textos se encuentra en una estrecha relación discursivo-funcional. Siguiendo a Lotman, de Toro entiende el sistema textual artístico como un sistema de modelización secundario, que mitifica y universaliza la realidad mediante transformaciones semióticas, es decir, mediante la transición de un sistema semiótico a otro, a través del lenguaje y el saber cultural. Asimismo, el modelo epistemológico desarrollado por Foucault constituirá un punto de partida primordial en este estudio: los dramas de honor funcionan como una cita invertida de la cultura de aquella época, como resultado del proceso de ruptura epistemológica en el pensamiento y el saber; es allí donde se concretiza el problema de las similitudes y diferencias, es decir, de las disociaciones culturales. Los dramas de honor pasan a constituir, así, una transformación mimético-semiótica de diversas unidades y series culturales para luego insertarse en el mito semiótico dramático del honor.

La obra se halla dividida en cuatro secciones. En la primera de ellas se tratan las áreas del honor, el matrimonio, el adulterio y la venganza de honor y castigo en los siglos XVI y XVII en Italia y en España. En el caso de España se dedica un capítulo aparte al honor en la Edad Media y al problema de la pureza de sangre. En la segunda parte se propone un modelo general teórico y genérico para el drama, tras el examen de algunos conceptos de la *Poética* de Aristóteles y de su recepción en Italia y España. En función de esto se desarrolla luego el modelo genérico específico para la tragedia y la tragicomedia del honor italiana y española, respectivamente, a las que se dedicará la tercera sección. En la cuarta y última sección se diseña el modelo semiótico general de análisis e interpretación de los dramas de honor.

El libro contiene, además, una bibliografía sistematizada según áreas de especialización, abarcadora en extremo, un índice de autores y un índice de obras

y términos, todo lo cual constituye, indudablemente, una herramienta invaluable para el investigador. Asimismo, el estudio se halla enriquecido por cuadros que permiten visualizar los modelos de funcionamiento semiótico desarrollados a lo largo de la obra.

El autor tiene como referente no sólo un amplio espectro de textos literarios, sino también, textos hasta ahora poco tenidos en cuenta, correspondientes al área de los estudios interculturales; me refiero a obras tales como tratados de honor y duelo; textos de teología, de filosofía moral, de derecho; textos de confesión; legislación relativa a adulterio, agravios de honor, venganzas. Asimismo, Alfonso de Toro toma en cuenta la tradición de jurisprudencia romana y medioeval y su reactualización en el período español e italiano estudiado. Desde los siglos XVI y XVII el tema del honor dentro la teología moral obtuvo un impulso nuevo sobre el trasfondo de los debates acerca del libre albedrío y el entendimiento humano, y se convierte en objeto favorito de la investigación en la ética general y en las disciplinas jurídicas. Por esta razón, la problemática del honor no es tratada ciñéndose a los dramas del honor, sino como un fenómeno abarcador y característico del contexto europeo de dicho período: un fenómeno social, jurídico, literario, dramático y moral. Ello convoca un análisis intertextual e intercultural que apuntará a la diferenciación entre las unidades culturales generales y las dramáticas particulares referidas al honor. Con ello el autor se aparta de las tendencias aún hoy vigentes que asocian la venganza o castigo sangriento en los textos con las prácticas existentes en el extratexto de la época. Así, los dramas del honor calderonianos o lopescos, por ejemplo, han sido tradicionalmente considerados como un reflejo de la realidad extratextual, en la cual, supuestamente, la pena de muerte para una adúltera encontraba universal justificación. A partir de un examen riguroso de los tratados referidos a estos hechos, el autor comprueba que dicho castigo no estaba legitimado por la legislación o por los escritos morales de la época. Este apartamiento de la línea interpretativa general del hispanismo es un aporte marcadamente renovador.

Asimismo, el texto hará valiosas referencias a la visión de la poética aristotélica sobre el drama y a su recepción en Italia y España, todo lo cual le servirá para una posterior definición genérica de los dramas de honor españoles e italianos. En muchos sentidos, este último punto constituye el objetivo final de su trabajo. En primer término, el texto expone el estado de la investigación hasta el momento de modo exhaustivo, con precisión y lucidez analíticas. En un segundo paso, tras la fundamentación sólida de las reservas y objeciones respecto de determinadas posturas críticas, el autor despliega su propia evaluación y tesis. Entre sus conclusiones se destaca, sin duda, la novedosa consideración del drama de honor en Es-

paña como una tragicomedia de corte español, tesis que, a mi juicio, queda ampliamente fundamentada a partir del modelo semiótico construido, que tiene en cuenta todos los elementos constitutivos del drama y su funcionamiento.

El autor enfatiza las contradicciones contenidas en la concepción del honor heredada de la antigüedad clásica y del cristianismo, las cuales caracterizarán el debate sobre el tema tanto en Italia como en España. Por un lado, se encuentra el concepto del honor como virtud, dignidad o como esencia de felicidad espiritual y social. Por otro, es el juicio de la opinión pública sobre el individuo. En este último caso, es defendido con métodos violentos –poco cristianos– como la venganza y el duelo. Esta doble interpretación del honor, acertadamente enfatizada por de Toro, será clave en la manifestación literaria de dicho concepto.

En lo que respecta a los estudios del drama en Italia durante los siglos analizados, Alfonso de Toro elige tratar las tragedias y tragicomedias de dicho período como “dramas de honor”, lo cual constituye un apartamiento de la interpretación hasta ahora admitida por el Italianismo y una apertura hacia un área de los estudios literarios que permanecía poco transitada.

En cuanto a España, de especial interés resulta el tratamiento de la problemática de la limpieza de la sangre, la cual se refleja en el drama del honor español y lo caracteriza de modo particular. De Toro demuestra cómo la limpieza de sangre se imbrica en la problemática del honor, relacionándola con el gran problema del Barroco: el de la apariencia frente al ser. El autor muestra, también, cómo el tema de la limpieza de sangre es constante en los dramas analizados del honor, constituyendo un campo semiótico común.

Además de suplir una ausencia notoria –la falta de un modelo general para los dramas de honor– Alfonso de Toro realiza un aporte sustancial al debate dentro del Hispanismo sobre la cuestión de los géneros, así como a la interpretación del tipo considerado “tragicomedia de honor”. De Toro logra demostrar de modo convincente la existencia de dramas de honor como un género establecido y difundido en Europa y no sólo en España, así como también que los dramas de honor, lejos de ser el reflejo de las leyes o de la teología moral, denuncian su extinción y ponen de relieve las carencias de un sistema de valores anacrónico, en el cual los semas de la venganza y de la sangre han perdido su capacidad de devolver el honor perdido, de lo que se derivará la captación del honor como mito dramático. Por todo ello, ***De las similitudes y diferencias*** constituye un libro fundamental e indispensable en los estudios del drama español e italiano de los siglos XVI y XVII.

Ruth N. Fine

Mina Weil, *El último día*. Buenos Aires: Acervo Cultural Editores, 2000, 171 pp.

El último día es un texto autobiográfico que ficcionaliza una porción de la historia personal de su autora: el último período de su incipiente adolescencia en Italia y el exilio forzado hacia la Argentina, cuando Mussolini se doblega ante las exigencias de Hitler e inicia la discriminación y persecución de los judíos. Como muchos relatos fundados en la memoria individual, la consigna será, para su autora, no olvidar. (“No sé si tendremos la capacidad de perdonar. Olvidar, ¡jamás!” , p. 162). Weil nos conduce a través de un viaje en el tiempo, un viaje cuyo propósito es rescatar y reconstruir, a partir del recuerdo nostálgico, un mundo que se esfumó brusca y dolorosamente: “La pluma imaginaria se desliza sobre el papel, convierte tinta negra en palabras. Trata de dar a las palabras sentimientos. Qué difícil me resulta transmitir lo que fue esa despedida” (p. 140).

En el pueblo de Monfalcone, vecina a Trieste, en el noreste de Italia, vive una familia judía, una de las tres del lugar. Las relaciones con los italianos gentiles son más que armónicas: de respeto, amistad y hasta afecto. La novela se desarrolla en 1938, año del cambio crucial en la actitud de Mussolini respecto de los judíos italianos. Sus anteriores promesas de que las leyes raciales no llegarían a Italia se desvanecen ante la alianza con Hitler. Así, en septiembre de 1938, se decretan las leyes raciales que discriminarán a los judíos, despojándolos de sus derechos civiles y de su dignidad humana. Anna, como tantos otros niños hebreos, no podrá asistir más a la escuela, entrar en una sala cinematográfica ni, lo que es más doloroso, llevar adelante una vida social y familiar normal, como cualquier otra muchacha de su edad.

El destino de judíos y gentiles se encuentra entrelazado en esta obra: las víctimas están en ambos bandos. Este entrecruzamiento da al relato un tono de contención, de denuncia puntual y no universal, reflejo de la tolerancia social y religiosa que reinaba en Monfalcone “Hay todavía mucha gente buena” dice la madre de la narradora (p. 144). “De nosotros no quedará huella. Pero yo sé que mucha gente no nos olvidará. Eso, Mussolini ni nadie lo podrán evitar” (p. 161).

La prosa de Weil está impregnada de un lirismo sensual y envolvente: aromas, melodías y, muy especialmente, colores, nos sumergen en un imaginario que va diseñando paulatinamente ese mundo atractivo, familiar, protector. Un ejemplo mostrativo de ello son las flores: hortensias, amapolas, margaritas, pueblan las páginas, como huellas simbólicas de un pasado arrebatado al que se recuerda con intensa nostalgia. Abundan los símiles, las metáforas, las personificaciones, que impregnan un estilo contenido

pero emotivo a la vez. Se destaca, asimismo, la eficaz caracterización de los personajes, a veces delineados con pocos trazos pero ofreciéndonos toda su riqueza y complejidad.

En lo que respecta al manejo del tiempo, el texto está hábilmente diseñado de modo circular; se inicia con dos fragmentos referidos a acontecimientos determinantes para la narradora: el último día de escuela en Monfalcone y el día del exilio definitivo hacia la Argentina, en el puerto de Trieste. Ambos eventos son los que marcan también el final de la obra: los días en los que Anna, por su condición de judía, ya no puede asistir más a la escuela y la despedida en la ciudad portuaria. Entre estos hechos que abren y cierran el relato, transcurren los días que conducirán al cambio crucial e irrevocable, en la vida tanto de la protagonista como de toda la judería italiana, en la víspera de la Segunda Guerra Mundial. Otra estrategia temporal eficaz consiste en la oscilación entre el uso del tiempo presente y el pasado, técnica que sin duda refuerza la intensidad de la experiencia recordada, la cual, desde el prisma de la memoria, se convierte en un ahora, y, además, consolida la focalización de la joven narradora, la cual será la dominante en el relato. El punto de vista adoptado es, efectivamente, el de la niña, casi adolescente, que contempla y describe con ojos ingenuos este mundo seguro y feliz del que fuera gradualmente despojada. De este modo acompañamos a la narradora a lo largo de su paulatino proceso de *anagnorisis*, desde la ingenuidad pudorosa (pudor que siente, por ejemplo ante el acto automatizado de marchar al son de una banda, en los innumerables desfiles fascistas), hasta el descubrimiento del horror, que abrirá para siempre sus ojos a la verdad del régimen de Mussolini. Cabe destacar, sin embargo, la presencia de otras focalizaciones –como la del cura párroco del lugar o la de Ersilia, la empleada doméstica– las cuales matizan la perspectiva dominante de la protagonista.

Hacia el final de la obra dirá Ilario, el padre de Anna: “La vida no es más que una aventura...” y ella agrega: “de final desconocido” (p. 139). Así el relato de la niña judía acaba con un final abierto, que deja preñada de blancos la partida en el barco hacia la Argentina: el viaje, el reencuentro, los destinos de cada uno de los personajes a los que nos ha acercado la obra: Marisa y sus padres, Giacomo, los abuelos, Ersilia y, por supuesto, Anna y sus padres. La intencionalidad que evidencia esta estrategia narrativa, la de dejarnos suspensos, revela que el lente de la memoria narrativa focaliza de modo selectivo sólo aquello que desea rescatar: la dolorosa despedida de la primera adolescencia en ese paradisíaco Monfalcone, simbolizada en el último día en que se cierra la casa y se sube al barco en el puerto de Trieste.

Otra técnica meritoria adoptada por el texto es la fractura gráfica e intertextual de la narración, que de este modo patentiza la recuperación fragmentaria del pasado, a través de la técnica de la alternancia con diferentes intertextos. El relato se encuentra elaborado no sólo a partir de la narración de Anna, sino también con fragmentos de un pasado más lejano: la retrospectiva a la historia del abuelo, muerto en 1906 en un pogrom en Europa Oriental; la historia de su padre y tío, en su vagar por la supervivencia en la Europa de la Primera Guerra Mundial y su frustrado intento de emigración a Palestina; y, asimismo, textos oficiales fascistas, como el decálogo de la camisa negra, o la foja de órdenes del partido nacional fascista que conminaba a una concentración general en vísperas del operativo de Abisinia. Todos estos intertextos establecen un irónico y elocuente contrapunto con la visión aún ingenua de la narradora. Ejemplo de ello es el principio octavo del “Decálogo de la camisa negra”, que dictamina que “Mussolini tiene siempre razón”, por lo cual Anna, como gran parte de los judíos italianos, tardará en aceptar que el Duce sea capaz de renegar de sus afirmaciones, según las cuales no tocaría a esta parte de la población (“Mi abuelo estaba equivocado. Me habían enseñado que el Duce nunca miente”, p. 99).

La ironía simbólica impregna también el final del relato, encarnada en los candelabros familiares de *shabat* –marca de una existencia judía que no se ha resquebrajado– que la madre de Anna llevará consigo en el viaje hacia Buenos Aires, envueltos en los periódicos en los cuales habían aparecido los decretos raciales.

Quisiera referirme a otro hilo nostálgico tangencial, que rescaté de modo personal del texto de Weil y, que sin duda, posee hoy una triste actualidad a la que muy probablemente su autora no apuntó. El padre de Anna, recién llegado a Buenos Aires, les escribe a ella y a su madre: “Buenos Aires es bellísima [...] Se respira libertad hasta por los poros. La gente es amable y aparentemente hay abundancia. En cualquier restaurante un pobre recibe, sin siquiera pedirlo, un plato de sopa y un pan fresco. [...] Hay abundancia de trigo. Argentina es el granero del mundo” (p. 148). Se hilvana así otro contrapunto binario entre un antes y un después, dolorosamente lejanos y distintos.

El último día (que obtuvo Mención de Honor en un concurso de Acervo Cultural Editores, y será próximamente traducida al italiano) es una historia de irrupciones violentas en una calma idílica, de bruscas separaciones, pero también es una bella historia de recuperación del pasado y de reconciliación con él, a partir de la mirada aguda, sugerente y conmovedora de su narradora.

Ruth N. Fine